



BOLETIN

DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL NORDESTE

RESISTENCIA
CHACO
ARGENTINA

1980

FILOSOFAR ¿PARA QUE?

La vida cotidiana actual, enfrenta, con harta frecuencia, al docente especializado en Filosofía, con una actitud irónica, de rechazo o de ignorancia, dirigido tal vez, no a él como persona, pero sí como sujeto que dedica sus afanes al quehacer filosófico.

"Filosofar ¿para qué?", pareciera ser la opinión reinante en nuestro mundo actual. Las causas de esta actitud, de ningún modo nuevo, podría atribuirse al desarrollo extraordinario de las ciencias y de la técnica, lo que convence al hombre actual, de que sólo lo útil puede merecer el esfuerzo de nuestro pensar.

Por otra parte, la filosofía fue utilizada y reducida en muchos casos, a "ideologías" confundiendo su razón de ser, y convirtiéndola en instrumento de algo extraño a su propia naturaleza.

De este modo, la reflexión filosófica, quehacer profundamente humano, padece en nuestro mundo de una forma de rechazo inmerecido, pero real. De nada vale, frente a los científicos y a quienes no lo son, afirmar que la actitud filosófica es conatural al hombre y se nos hace patente en determinadas circunstancias, o en las situaciones límites, pues aún quienes la vivieron alguna vez, aunque fuera fugazmente, no la declaran e intentan borrarla de sus recuerdos, como un crimen inconfesable. Filosofar, es para la mayoría, padecer de una forma de enajenamiento que transporta a quien la padece, a un mundo extraño y lejano a la realidad. Por lo tanto, implica estar fuera de la realidad y desinteresado de ella. Es el astronauta de las ideas, que navega, fuera de la ley de gravedad y sin tocar la tierra.

Estas consideraciones podrían parecer exageradas, pero quienes viven en la filosofía y para ella saben que responden a una dolorosa verdad. Sin embargo, se le "permite" a la filosofía sobrevivir siempre que no exceda, su campo del pensar, de lo científico, lo lógico o lo positivo. El pensar filosófico dirigido al "ser" de las cosas, es dejado de lado como algo esotérico y poco útil.

Meditando acerca de esta situación recordemos un texto platónico, en el cual Sócrates relaciona el Amor con el quehacer filosófico y establece que ambos, amor y filosofía, se dan en quienes tienen conciencia de carecer de algo y de necesitarlo imperiosamente. En el Banquete (203 E - 204 B), Sócrates narra una conversación con Diotima, sabia mujer de Mantinea, quien le da a conocer al filósofo, en tono profético, algunos misterios del amor. Es ella quien afirma

que el Amor "se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia" pues los dioses que ya son sabios, no necesitan ni quieren filosofar. Pero a su vez, los ignorantes tampoco desean hacerlo porque piensan que saben en grado suficiente ya que "el que no cree estar falto de nada no siente deseo de lo que no cree necesitar".

Parecería que nuestro mundo actual, en muchos sentidos, reproduce la situación planteada por Platón en el diálogo, ya que los científicos (los sabios actuales) pueden creer que el pensar filosófico no agregaría un ápice a su saber, y quienes no son científicos piensan que la filosofía es algo inútil, digno de ser llevado a cabo por quien no sabe vivir o no quiere hacerlo en una dimensión de realidad total.

Sócrates, en el diálogo, plantea una pregunta que hoy día puede ser repetida con valor actual: "Entonces ¿quiénes son los que filosofan Diotima —le dije yo— si no son los sabios ni los ignorantes?".

"Claro es ya incluso para un niño —respondió ella— que son los intermedios entre los unos y los otros, entre los cuales estará también el Amor".

De suerte que quienes realmente pueden filosofar no son quienes creen tener el saber, sean ellos sabios o ignorantes, sino quienes deseen tenerlo, pues saben que carecen de él y lo necesitan para vivir. Y por eso hay en ellos "Amor al saber", pues en su interior mora Eros, quien tiene conciencia de la carencia de su conocimiento, y de su capacidad para adquirirlo fundadamente.

Pareciera por lo tanto que filosofar implica una forma radical de veracidad personal que se da como conciencia de una carencia de saber y a la vez de una posibilidad de alcanzarlo. Y esta veracidad personal recibe en el ámbito ético el nombre de "Humildad". Por lo tanto podríamos decir que quien filosofa es quien partiendo de una conciencia humilde o veraz de su ignorancia, trata de acceder al ser, por un camino que le pertenece exclusivamente en tanto ama el saber.

Como se ve, filosofar es tomar plena conciencia, de las limitaciones a que nos somete la humana naturaleza. Pero tal vez sea esto lo que más nos cuesta, en tanto hijos de este siglo en que el hombre cree haber conquistado el poder que la materia guarda en sí. Y tal vez por ello, podría ser más necesario volver al pensar filosófico para que él nos devuelva nuestra imagen real en los límites que nos corresponda. Tal vez podría salir de aquí la respuesta de la pregunta inicial: Filosofar ¿para qué?. Para poder buscar, con amor, el saber que nos hace más hombres.

A. M. L.